

Hace 70 años...

George Orwell publicaba su novela 1984



La luminosidad del día contrasta con la lúgubre arquitectura del edificio en el cual Winston Smith va a sumergir su existencia...

...con la barbilla clavada en el pecho en su esfuerzo por burlar el molestísimo viento, se deslizó rápidamente por entre las puertas de cristal de las Casas de la Victoria, aunque no con la suficiente rapidez para evitar que una ráfaga polvorienta se colara con él. El vestíbulo olía a legumbres cocidas y a esteras viejas. Al fondo, un cartel de colores, demasiado grande para hallarse en un interior, estaba pegado a la pared. Representaba sólo un enorme rostro de más de un metro de anchura: la cara de un hombre de unos cuarenta y cinco años con un gran bigote negro y facciones hermosas y endurecidas. Winston se dirigió hacia las escaleras. Era inútil intentar subir en el ascensor. No funcionaba con frecuencia y en esta época la corriente se cortaba durante las horas de día. Esto era parte de las restricciones con que se preparaba la Semana del Odio. Winston tenía que subir a un séptimo piso. Con sus treinta y nueve años y una úlcera de várices por encima del tobillo derecho, subió lentamente, descansando varias veces. En cada descansillo, frente a la puerta del ascensor, el cartelón del enorme rostro miraba desde el muro. Era uno de esos dibujos realizados de tal manera que los ojos le siguen a uno adondequiera que esté. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, decían las palabras al pie.¹

Es el comienzo de 1984, la novela de George Orwell donde describe un tiempo distópico marcado por el terror de la vigilancia y por la omnipresencia de la propaganda y de la información dirigida desde el poder. Inspirado en la experiencia estalinista, el mundo de Orwell parece muy distinto al nuestro. Sin embargo, la abundancia de lentes que nos vigilan

¹ Orwell, G. (2001). *1984* (edición bilingüe). Australia: Project Gutenberg of Australia, p. 22. (Primera edición: 1949).

y la infinidad de pantallas que vemos una y otra vez, donde confundimos la propaganda con los datos que nos revelan las formas de los hechos, disuelven la distancia entre la realidad y la ficción. Las superficies brillantes y pulidas sobre las cuales escribimos mensajes, enviamos imágenes, redactamos correos electrónicos y exponemos aquello que debería ser solo parte del mundo personal e íntimo parecen sugerirnos que todo nuestro universo digital poco tiene que ver con la ruinosa sociedad totalitaria sobre la que habla Orwell. De todos modos, por anacrónico que pueda parecer, deberíamos preguntarnos si el *GRAN HERMANO VIGILA*.

En el mundo orwelliano, el poder vive despierto como un dios, presente en el más insignificante espacio, a cada hora, a cada minuto: no hay descanso para la vigilancia. Lo privado es una quimera disuelta bajo la seguridad exigida por el Estado. Los ministerios dominan el paisaje y aprisionan los ánimos. Allí, late de manera permanente el corazón del sistema:

El Ministerio de la Verdad –que en neolengua se le llamaba el Miniver– era diferente, hasta un extremo asombroso, de cualquier otro objeto que se presentara a la vista. Era una enorme estructura piramidal de cemento armado blanco y reluciente, que se elevaba, terraza tras terraza, a unos trescientos metros de altura. Desde donde Winston se hallaba, podían leerse, adheridas sobre su blanca fachada en letras de elegante forma, las tres consignas del Partido:

LA GUERRA ES LA PAZ
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Se decía que el Ministerio de la Verdad tenía tres mil habitaciones sobre el nivel del suelo y las correspondientes ramificaciones en el subsuelo. En Londres sólo había otros tres edificios del mismo aspecto y tamaño. Éstos aplastaban de tal manera la arquitectura de los alrededores que desde el techo de las Casas de la Victoria se podían distinguir, a la vez, los cuatro edificios. En ellos estaban instalados los cuatro Ministerios entre los cuales se dividía todo el sistema gubernamental. El Ministerio de la Verdad, que se dedicaba a las noticias, a los espectáculos, la educación y las bellas artes. El Ministerio de la Paz, para los asuntos de guerra. El Ministerio del Amor, encargado de mantener la ley y el orden. Y el Ministerio de la Abundancia, al que correspondían los asuntos económicos. Sus nombres, en neolengua: Miniser, Minipax, Minimor y Minindancia. El Ministerio del Amor era terrorífico. No tenía ventanas en absoluto. Winston nunca había estado dentro del Minimor, ni siquiera se había acercado a medio kilómetro de él. Era imposible entrar allí a no ser por un asunto oficial, y en ese caso había que pasar por un laberinto de caminos rodeados de alambre espinoso, puertas de acero y ocultos nidos de ametralladoras. Incluso las calles que conducían a sus salidas extremas, estaban muy vigiladas por guardias, con caras de gorila y uniformes negros, armados con porras.²

Pero, en el tiempo actual, el poder que examina y cataloga tampoco parece

² *Ibidem*, pp. 24-25.

descansar. Un hombre distinto a Winston, más joven, incluso más real, se acomoda en el edificio donde despliega su trabajo de vigilancia. A diferencia del hombre orwelliano, no parece estar agobiado ni por el terror ni por una arquitectura opresiva. Por el contrario, vive en un mundo luminoso. Igualmente, tras los primeros pasos en el edificio de la verdad, él también habrá de monitorear lo que el poderoso Estado le pida:

Después de estar unas semanas familiarizándome con los sistemas en el turno de día, pasé a las noches, en horario de 18:00 a 6:00, cuando el soporte técnico quedaba cubierto por un personal mínimo que dormitaba con discreción y el resto de la agencia estaba prácticamente muerta.

(...) Las escaleras mecánicas se paraban y había que usarlas como escaleras normales. Solo funcionaban la mitad de los ascensores, y los ruidos metálicos que hacían, apenas audibles en el bullicio de la mañana, resonaban a esas horas de un modo alarmante.

(...) Todas las noches, durante doce horas, me sentaba en nuestra oficina de seguridad, pasada la zona de soporte técnico, entre los veinte puestos (con dos o tres terminales de ordenador cada uno) reservados a los administradores de sistemas que mantenían *online* la red global (...). El trabajo en sí era relativamente banal y puede describirse a grandes rasgos como “la espera de la catástrofe”. Los problemas, en general, no eran complicados de resolver. Cuando algo iba mal, tenía que iniciar sesión e intentar arreglarlo de forma remota. Si no lo lograba, debía bajar físicamente al centro de datos oculto una planta por debajo de la mía en el NHB (o recorrer a pie los inquietantes 800 metros del túnel de unión hasta el centro de datos del OHB) y ponerme a toquetear la maquinaria en sí.³

De regreso a 1984. Winston Smith se rebela. Ya no puede ser el leal funcionario que trabaja en el Ministerio de la Verdad para ocultar lo cierto. Sus sentimientos y sus pensamientos no pueden soportar la opresión del Gran Hermano. Su revuelta personal concluirá en la habitación 101, cuando es interrogado por O’Brien, policía del régimen; terminará por aceptar la sumisión.

La obra de Orwell nos lega una advertencia sobre la vigilancia que el desarrollo tecnológico posibilita, sobre la promoción de noticias que creemos legítimas sin más, sobre eslóganes que destrozan la posibilidad lógica del entendimiento y sobre un mundo privado que se difumina hasta disolverse.

Orwell comprendió, imaginó, una forma de sometimiento. Intuyó ciertos riesgos políticos vinculados al devenir tecnológico. Nuestro hombre joven, que trabajó para el “Ministerio de la Inteligencia”, no tiene que imaginar; sabe y, por ello, escribe:

PRISM permitía a la NSA recopilar de forma rutinaria datos de Microsoft, Yahoo!, Google, Facebook, PaITalk, YouTube, Skype, AOL y Apple, lo que incluía *emails*, fotos, conversaciones de video y audio, contenido de navegación web, consulta en motores de búsqueda y todos los demás datos almacenados en sus nubes, de forma que las empresas se convertían en co-conspiradoras conscientes. Por su parte, la recopilación Upstream era un método sin duda más invasivo: permitía recoger datos

³ Snowden, E. (2019). *Vigilancia permanente*. Buenos Aires: Planeta, pp. 179-180.

rutinaria y directamente de la infraestructura de internet del sector privado, eso es de los conmutadores y enrutadores que derivan el tráfico de internet en todo el mundo, mediante los satélites en órbita y los cables de fibra óptica de alta capacidad que van por debajo del océano. Esta recopilación de datos se gestionaba desde la unidad SSO (Special Source Operations u Operaciones de Fuentes Especiales) de la NSA, que fabricó un equipo secreto de escuchas y lo incrustó en los centros corporativos de solícitos proveedores de servicios de internet de todo el mundo. Juntos, PRISM (recopilación de datos en los servidores de grandes proveedores de servicios) y la recopilación Upstream (recogida directa en la infraestructura de internet), garantizaban la posibilidad de someter a vigilancia la información de todo el planeta, estuviese almacenada o en tránsito.⁴

En junio de 2013, Edward Snowden, quien fuera empleado de la CIA y la NSA, reveló a periodistas del diario *The Guardian* varios documentos en los que se ponía en evidencia el relevamiento y espionaje que se hacían sobre la información privada de los ciudadanos, llevando al debate público el poder del *Gran Hermano* digital. Al respecto, escribió:

Decir que no te importa la privacidad porque no tienes nada que esconder no es diferente de afirmar que no te importa la libertad de expresión porque no tienes nada que decir.⁵

En la actualidad, Edward Snowden reside en Moscú. En tanto, Winston Smith aún declara desde las páginas de *1984* que ama al GRAN HERMANO.

⁴ *Ibidem*, pp. 300-301.

⁵ *Ibidem*, p. 282.